

Entre las uvas y el caviar

POR SEGISMUNDO

Disfrutamos de unas deliciosas uvas como postre de un sabroso almuerzo. Son de buen tamaño y de un delicado color verde. Importante: no tienen pepas. Lo celebramos después de haber lidiado días antes con las pepas gigantes de una también deliciosa chirimoya.

¿Uvas de mesa fuera de temporada? Así es. Son importadas y vienen en un adecuado envase plástico con agujeros para que respiren durante el largo viaje en algún contenedor refrigerado.

“Stella bella” es el nombre comercial del producto. No viene de Italia, sino que de Estados Unidos. De California para ser precisos, estado con abundante cultivo de vides para la mesa y, especialmente, para lograr excelentes vinos. En fin, competencia a nuestras viñas en temporadas diferentes.

Estas uvas norteamericanas en nuestra mesa inevitablemente nos llevan al episodio de las “uvas envenenadas” que estremecieron la economía nacional en marzo de 1989, cuando la FDA, autoridad sanitaria de los Estados Unidos, detectó dos de esos pequeños frutos contaminados con cianuro. Veneno puro. Esto es un cargamento de miles de cajas totalmente inocentes.

Celosa de la salud de la población, la autoridad frenó el paso a las uvas chilenas mientras el consumo de las que había en el comercio cayó a cero. La amenaza de las uvas venenosas se extendió a mercados de Europa y Asia. Daño tremendo, pérdidas enormes. Exportaciones a la basura. Larga investigación y, como tantas, sin culpables. Chile inició una demanda por 250 millones de dólares. Pasaron los años y la justicia, como suele suceder aquí y allá, miró para otros lados.

CRIMEN IMPUNE

Tras disfrutar de las uvas importadas - \$ 7.990 el kilo- fuera de temporada es inevitable recordar el episodio aquel. Un crimen en busca de autor.

¿Será el SAG, Servicio Agrí-



AGENCIA UNO



LINDO ENVASE DE LATA DEL EXCLUSIVO TE RATANPURIO, PRODUCTO DE LA INDIA QUE LLEGABA VÍA GRAN BRETAÑA HACE MÁS DE UN SIGLO.



ENVASE DE UVAS NORTEAMERICANAS EN EL MERCADO NACIONAL.

cola y Ganadero, tan celoso como la FDA, Food and Drug Administration, en el control de los productos destinados al consumo nacional?

Vemos en televisión como abunda la oferta de bebidas enlatadas importadas de Oriente que no tienen información legible sobre su contenido. Solamente lindas ilustraciones para atraer el consumo infantil. El misterio son sus componentes.

En fin, tenemos libre importación que permite la compra en el exterior de todo o casi todo. Desde ropas hasta automóviles. Precios y calidades diversas. Sepa usted, por ejemplo, que el ajo, ingrediente del criollo pebre, es importado de China. El nacional se va a la India, donde es muy cotizado y caro.

La libre importación, acusan algunos, es un pecado del neoliberalismo que viene de tiempos de la dictadura. Así puede ser, pero gozamos, cuando podemos, de productos

otrora inalcanzables o peligrosos. Ejemplo clásico es el whisky a buen precio en cualquier negocio. Hubo una época que el escocés ese, era pieza fundamental del negocio de los contrabandistas. Daba buenas utilidades y se prestaba para falsificaciones. De una botella, nos contaba José Luis, mayordomo de un importante banco, se hacían dos. Con una broca dental se perforaba la base y con cierta pericia se extraía la mitad del líquido auténtico. Se llenaba el faltante con un detestable whisky que hacía la Refinería de Azúcar de Viña del Mar, Big Ben o algo así, y la otra mitad se vaciaba en una botella vacía del producto auténtico, completando el contenido también con el brebaje viñamarino.

Teresa Iturrigorriaga, protagonista de “La chica del Crillón”, obra clásica de Edwards Bello, consumía “rotting sour”, que se ofrecía en el bar del famoso hotel capitalino, ambientación de

los años 30 del siglo pasado. “Rotting” aludiendo a un trago de “rotos”, nada menos que el conocido pisco sour que actualmente se bebe con gusto pese a existir, gracias a la libre importación, whisky de verdad.

La riqueza del salitre y la exportación de plata e incluso oro, nos dio por años la ilusión de ser un país rico. Así se importaban cosas de “ricos”, desde alimentos hasta muebles, pasando por ropas y decoraciones diversas. El rubro de los alimentos y licor producidos en el exterior era copioso. Licores, por cierto, champaña francesa, vinos, quesos, aceites con marcas especiales para Chile en sus envases, pescados de países nórdicos como el bacalao y fiambres españoles, franceses e italianos.

El té, de variadas marcas y elegantes envases que algunos conservan hasta hoy, fue un rubro importante en nuestras compras en el exterior.

Grandes firmas publicita-

ban en las revistas “Zig Zag” o “Sucesos” productos importados, incluyendo varios de belleza y hasta avisos de medicamentos para curar las “enfermedades secretas”.

No era raro encontrar en ciertas mesas, en delicadas piezas especiales de porcelana Limoges, el caviar, adquirido a precio de oro en el exterior.

EL DERRUMBE

Pero toda esta ilusión se derrumba con la crisis del salitre y la Primera Guerra Mundial. El tren de gasto obligadamente baja hasta llegar a los años 30 del siglo pasado, en que se cierra la amplia puerta de la libre importación y comienzan restricciones y elevados aranceles.

Pese a todo, la voracidad nacional acostumbrada a delicias gastronómicas, seguía buscando manjares de importación prohibida por largo tiempo. Así, hace años llegamos a un conocido restaurante porteño conocido por su buena carta de platos españoles. Nos ofrecen, confidencialmente, calamares en conserva de la prestigiosa marca “Buen Provecho”. Miro la pequeña lata y aparece con alguna abolladura.

Se lo comento al entusiasta dueño del local y responde que en la maleta o lo que sea del tripulante contrabandista se produce ese leve daño. Disfrutamos de los calamares con arroz

muy bien sazonado y, por cierto, con un buen vino. Horas después del almuerzo estalla la bomba de tiempo en nuestros estómagos. Los viajados calamares españoles estaban descompuestos debido a un agujero en el envase.

Bueno, nosotros fuimos tentados en los subsistentes tiempos de veda a las importaciones con unos modestos calamares. Ya sin la guillotina de las vedas, hace poco nos tiente con caviar, no comercialmente, sino que en una recepción diplomática ofrecida en Santiago por la representación diplomática del Estado Islámico de Irán. Gran fama tiene el caviar ruso, China, en tanto, ofrece el 70 por ciento del caviar del mundo. Pero según los expertos, el mejor caviar del mundo es el producido en Irán, país gran exportador de petróleo y protagonista clave, tal vez sin quererlo, del conflicto en Medio Oriente. Viene de peces del Mar Caspio.

La recepción iraní tiene como escenario el Hotel Carrera, hoy sede la Cancillería. Se nos invita a pasar a la mesa y comienza el servicio de caviar. Cada plato, de mediana dimensión, recibe una respetable porción. Imagine usted que lo sirven como puré de papas, con la diferencia que mi “ración”, tal vez exagero, debe valer miles de dólares.

¿COCA COLA?

El problema, casi sacrilegio en nuestro concepto, es que junto al delicado manjar se nos ofrece Coca Cola o algo de ese color. Lógico. El Estado Islámico prohíbe el alcohol. Los gastronomos occidentales recomiendan champaña o simplemente un vino blanco *chardonnay*.

Nosotros discretamente rechazamos la Coca Cola y pedimos a cambio agua mineral con gas, bebida no pecadora. Usando la imaginación resulta agradable con el caviar, pues las burbujas evocan la condeñable champaña.

No creo que vuelva a tener la experiencia de degustar el mejor caviar del mundo, pero el episodio reitera esa antigua y educada recomendación de “donde fueres, haz lo que vieres”.